

12. Sanar heridas a la luz del Buen Samaritano: Ver, acercarse, y cuidar

María de los Dolores Palencia Gómez

Tierra Blanca es una ciudad de la cuenca del río Papaloapan en el Estado de Veracruz, con una población de casi cincuenta mil habitantes. Los nativos de esta zona han crecido cerca de las vías del tren de pasajeros y de carga que llegaba tanto de la frontera sur de México con Guatemala por Tenosique, Tabasco, como desde Tapachula, Chiapas, y que atravesaba algunos otros Estados de la República hasta llegar a la estación de Lechería, en el Estado de México. De ahí que la migración sea una experiencia cercana y familiar a la historia de los pobladores del municipio de Tierra Blanca. Ellos son cercanos a la migración tanto por todas las personas que han visto pasar por esas tierras desde hace años como por sus propias experiencias locales, en las que algunos de sus familiares se han tenido que ir a los Estados Unidos o han tenido que emigrar por estudios, trabajo o relaciones personales hacia otros estados del país. De hecho, durante muchos años los jóvenes se fueron de Tierra Blanca por falta de trabajo, por falta de instituciones de educación superior o por el clima—muy cálido—que causa algunas enfermedades. Aunque en esa migración de los nativos de Tierra Blanca las personas solían regresar después de un tiempo, actualmente muchos de los que emigran ya no siempre vuelven.

En esta ciudad se construyó el Albergue Decanal Guadalupano. Fue construido por la decisión, el trabajo, y las donaciones de mujeres y hombres católicos que atendían a los migrantes en las vías del tren que, en sus inicios, contaron con la dirección y el apoyo de un diácono permanente y del párroco del lugar, ambos de la Diócesis de Veracruz. Este es un albergue de tránsito para hermanos y hermanas migrantes. Como se puede ver, desde hace tiempo, la gente de Tierra Blanca ha sido atenta con los migrantes. Ya en el 2003, quienes atendían a personas migrantes en las vías

sabían de los secuestros y las muertes de migrantes en el camino. Cuando nuestra Congregación de Hermanas de San José de Lyon llegó a este municipio en 2010, la presencia del crimen organizado era muy fuerte. A partir del año 2014, otro cártel desplazó al entonces dominante. Se vivió un tiempo de gran intensidad antes de las grandes caravanas que parecieron invisibilizarlos. Actualmente parece que empieza una nueva disputa por el territorio y el control de la zona ligada al “huachicol” o “guachico,” como lo llaman por aquí.¹ La población no confía en la policía municipal, en la fiscalía ni en otras instituciones cuya responsabilidad es resguardar el orden y la seguridad de las personas.

Antes de la construcción de los trenes Maya e Interoceánico, había dos trenes que venían de la frontera sur: el de Tenosique, Tabasco, que pasaba por Coatzacoalcos, Veracruz; y el de Arriaga, Chiapas. Los flujos de ambos trenes coincidían en la localidad de Medias Aguas, en el municipio de Sayula de Alemán, y llegaban a Tierra Blanca como primera parada. Estas rutas significaban, entonces, la llegada de unas 250 o 300 personas migrantes, a las que podíamos atender organizadamente, pues los trenes utilizaban horarios más o menos semejantes en dos o tres periodos del año. A pesar de la llegada diaria de migrantes, en Tierra Blanca no hay oficinas establecidas del Instituto Nacional de Migración (INM), tampoco de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR), del Grupo BETA de Protección a Migrantes del Instituto Nacional de Migración, ni de la Comisión Estatal de Derechos Humanos.

Para situar un poco la realidad actual, hay que mencionar que, aunque los migrantes no dejan de pasar por Tierra Blanca, a partir del mes de marzo de 2025 se ha visto disminuir la presencia de personas migrantes. Entre los que llegan vemos algunas personas que por primera vez dejan su país; también encontramos personas que vuelven al albergue después de varios años de no venir, ya sea por segunda o tercera vez; por supuesto que también recibimos a varios migrantes que han sido retornados de ciudades

¹ Aunque puede haber otras aseveraciones, el problema del “huachicol” en México se refiere al robo y adulteración de gasolina o diésel sustraídos de los ductos de Petróleos Mexicanos (PEMEX), la empresa petrolera estatal de México.

como Monterrey, Guadalajara, Querétaro, o la Ciudad de México y deportados de Estados Unidos—algunos de ellos que son llevados a Villahermosa, Tabasco, sin importar si son mexicanos de otros estados o personas de otras nacionalidades.

Solo en los tres últimos meses del 2024 y los dos primeros meses del 2025, el promedio de personas que entraban al Albergue con todos los reglamentos era de 700, siendo enero el mes con más afluencia. Aquellos eran meses de frío y de lluvia . . . un tiempo en el que antes no pasaban muchas personas migrantes. La razón es que todos querían llegar a Estados Unidos antes que Donald Trump llegara a la presidencia. Aunque las nacionalidades de los migrantes se diversificaron desde el tiempo de las grandes caravanas, en estos meses llegamos a contar con más de treinta y dos nacionalidades diferentes provenientes de Asia, África, Europa, América Latina, y el Caribe.

Ya en marzo, el flujo empezó a disminuir: recibimos 440 y fue bajando. El mes con menos personas migrantes fue agosto, con 160, y en septiembre aumentó a 235. Todas estas personas entran al Albergue, se registran y reciben todos los servicios. Hay muchos otros que no desean entrar o permanecer en el Albergue, sino que solamente requieren ciertos servicios como comida, enfermería, sanitarios, o hablar con el psicólogo. Actualmente, la población que vemos pasar es predominantemente centroamericana. Algunos otros son retornados de México que no son llevados a sus países de origen, sino que solamente los “bajan” a Villahermosa o a Tapachula; muchos de ellos son venezolanos, colombianos, cubanos, africanos de diferentes países, y haitianos, quienes generalmente vuelven a intentar subir hacia la Ciudad de México, Monterrey, Jalisco, o Querétaro.

Aunque la población migrante ha disminuido, no lo ha hecho la acción del crimen organizado en el sur y en Tierra Blanca y sus alrededores. Las vías del tren y las rutas de autobús son lugares de peligro, pues los miembros del crimen organizado cuentan con la colusión de otros grupos de personas, como taxistas, choferes de autobús, pandillas locales, guardias del tren, policías municipales, y algunos grupos de migrantes que colaboran con los cárteles o han sido reclutados por ellos.

También constatamos un aumento de una xenofobia sutil que a veces se manifiesta mediante frases que solo aparentan solidaridad. Cuando se trata de alimentos, algunos dicen: “Hay que ayudarles para que no se queden”; si se trata de salud, les dicen: “Te estamos dando a ti lo que no damos a un mexicano.” Los medios de comunicación no ayudan a superar los comentarios xenófobos, pues la radio y el periódico locales se refieren a los migrantes como “los ilegales,” “los extranjeros,” “los sin papeles que llegaron.”

Una cultura del encuentro

Las personas migrantes han transformado mi propio ministerio al ayudarme a asumir mi historia migrante. Ellos y ellas me han ayudado a comprender y asumir que soy una de ellos: soy nieta de un migrante español, uno que nunca volvió a su tierra con su familia; soy hija de un hombre que, huérfano de padre, a los cinco años emigró del Estado de Colima con su madre, quien tenía la necesidad de buscar trabajo para sacar a sus hijos adelante; soy hija de una mujer que emigró de Veracruz para así poder estudiar como mujer joven; yo misma soy migrante por vocación y misión, y no he vuelto a mi ciudad de origen desde hace muchos años—la mitad de mi vida.² Creo que el encuentro con otras personas, nos transforma y nos ayuda a ahondar en nuestra propia identidad.

Las personas migrantes me mostraron una *nueva manera de releer mi vida*. Esto me ha ayudado a confrontarme a mí misma con dos cosas: si—como ellos y ellas—yo también tengo sueños que me apasionan; si soy capaz de dejar y soltar todo para cumplir esos sueños y avanzar con audacia y libertad, con flexibilidad y creatividad.

Hace algunos años, el fallecido papa Francisco nos invitó a vivir una “cultura del encuentro.”³ Esta es una “cultura” que nos exige salir de

² Véase en este volumen: Evelio Menjívar-Ayala, “‘Quédate con nosotros, que la noche está cayendo’ (Lucas 24:29): Llamada a la hospitalidad radical como respuesta al drama que viven los migrantes,” 294–300.

³ Cf. Francisco, *Evangelii Gaudium*, 24 de noviembre de 2013, no. 220, vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-

nosotros mismos. Es decir, de la propia mirada, de los prejuicios y también de las costumbres para poder así recibir a otros y otras que son diferentes. Acogerles con su propia mirada del mundo, su herencia cultural y sus propias historias. Por supuesto, no se trata de renunciar a ser uno mismo, sino de abrirse a la diferencia y, así, descubrir ese otro mundo que hasta ahora es desconocido para mí y que solamente podré conocer si escucho y dialogo con el otro. Solamente desde este encuentro podemos existir como comunidad humana: el “yo” existe en el encuentro con el “tú” y de este encuentro puede nacer el “nosotros,” la alteridad. En el mismo sentido, el papa Francisco nos decía que “cada uno de nosotros está llamado a ser un artesano de la paz, uniendo y no dividiendo, extinguiendo el odio y no conservándolo, abriendo las sendas del diálogo y no levantando nuevos muros. Dialogar, encontrarnos para instaurar en el mundo la cultura del diálogo, la cultura del encuentro.”⁴

Francisco nos insistía en leer y discernir los signos de los tiempos para avanzar en la cultura del encuentro, como camino de paz, de respeto y de posible construcción de nuevas maneras de ser iglesia . . . y de nuevas maneras de ser humanidad. Él habló de las migraciones como un signo de los tiempos. También habló del sentido de la pérdida de la responsabilidad fraterna:⁵ nos basta con mirar las escenas diarias de Gaza, de Sudán, o de Haití, entre otras, para constatar que no vivimos en paz. Esta cultura del encuentro que Francisco propone nos invita a una comunicación cercana, al ejemplo de Jesús, quien, en el evangelio, interactúa con diversas personas y grupos que va encontrando por el camino.

gaudium.html; Francisco, *Fratelli Tutti*, 3 de octubre de 2020, nos. 215–221, vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html.

⁴ Papa Francisco, “Discurso del Santo Padre a los participantes en el encuentro internacional por la paz organizado por la Comunidad de San Egidio,” 30 de septiembre de 2013, vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130930_incontro-pace-s-egidio.html.

⁵ Cf. Francisco, “Homilía del Santo Padre Francisco—Visita a Lampedusa,” 8 de julio de 2013, vatican.va/content/francesco/es/homilies/2013/documents/papa-francesco_20130708_omelia-lampedusa.html.

Creo que las experiencias que vivimos todos los días en Tierra Blanca se asemejan mucho a esa cultura del encuentro: al recibir a hombres y mujeres migrantes que, además de haber dejado todo en casa, llegan con nosotros tras haber sido secuestrados, maltratados, y lastimados. Llegan en silencio y requieren tiempo para reencontrarse, para poder hablar y para generar algo de confianza que pueda disipar su miedo. Buscamos vivir la interrelación y el encuentro con las personas migrantes no solo aportando la ayuda humanitaria indispensable, sino también aprendiendo de ellos y ellas: de su capacidad de soñar, de su resiliencia y fortaleza para volver a empezar, de su gran libertad para dejar, y seguir adelante, de su solidaridad y apoyo mutuo.

Los Evangelios nos muestran las actitudes y los sentimientos de Jesús: su compasión, ternura, rabia, tristeza. También nos dejan ver que cuando Jesús entra en contacto con los demás, lo hace desde la situación y el lenguaje de aquellos a los que encuentra. Jesús es capaz de sentir y reconocer la necesidad del otro u otra. Los Evangelios nos muestran también que Jesús da una atención privilegiada a los más necesitados, los enfermos, las viudas, y, también, a los rechazados de su tiempo: leprosos, samaritanos, publicanos, pecadores. Con sus actitudes, Jesús miró a quienes eran irrelevantes para la sociedad, como las mujeres y los niños. A través de los Evangelios podemos leer la *pedagogía del encuentro de Jesús*: a cada persona la encuentra en lo que es, en donde está su vida o su necesidad, e inicia un diálogo. Les pregunta: “¿Qué buscan?” “¿Qué quieres?”; o simplemente toma la iniciativa de acercarse, captando los deseos que las personas no expresan con palabras, pero sí con algunas acciones o gestos que muestran lo que llevan en el corazón: “Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa” (Lucas 19:5); Mujer, ¿quién te ha condenado? (cf. Juan 8:10); “¿Quién me ha tocado?” (Marcos 5:30); “Cuando entré en tu casa, no me diste agua para lavarme los pies; ella me los ha bañado en lágrimas y los ha secado con su cabello. Tú no me diste el beso de saludo; desde que entré, ella no ha cesado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con perfume; ella me ha ungido los pies con

mirra. Por eso te digo que se le han perdonado numerosos pecados, ya que siente tanto afecto” (Lucas 7:44–47).

Cuidar con delicadeza

Hay ocasiones en las que en el Albergue alguien no sonrío, esconde su rostro o llega derrotado, llorando, con depresión o tendencias suicidas, enfermo o decepcionado. Muchas veces lo único que piden es que alguien les escuche, que se les brinde un abrazo, que podamos reír juntos, cantar, darnos tiempo unos a otros. Como Jesús, nosotros en el equipo tenemos que estar atentos y cercanos, para leer lo que hay en los corazones. Ser accesibles, sin ser invasivos. Saber esperar el momento en el que el otro se abrirá. Es cierto que tenemos reglamentos y protocolos más estrictos que en otras casas—lo que nos ha permitido salvaguardar cierta seguridad para los migrantes, para nosotros y para el servicio que brindamos; sin embargo, buscamos constantemente la flexibilidad para adaptar y adecuar nuestro trabajo y atención a la situación de cada persona y a sus fragilidades emocionales y físicas.

Hay otro hermoso ejemplo que Jesús nos presenta en las escrituras: la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10:25–37). Al final de ese texto Jesús pregunta al doctor de la ley: “¿Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?” (10:36). Todos los días, el Señor nos invita a nosotros a preguntarnos: ¿Quién es mi prójimo? ¿Quién es mi hermano, mi hermana? ¿Quién es la persona que más sufre? ¿Quiénes son los descartados en el camino de la vida, las personas que nadie ve? ¿Quiénes son los rechazados de la sociedad? Recordando el actuar del Samaritano frente al hombre herido en el camino, lastimado y excluido por quienes pasan de largo—tal como lo subraya la Carta Pastoral de los Obispos de Frontera y Responsables de Movilidad Humana de Norte, Centroamérica y el Caribe—nuestra misión es: *ver, acercarnos, y cuidar*.⁶

⁶ Obispos de Frontera y Responsables de Movilidad Humana de Norte, Centroamérica y el Caribe, *Carta Pastoral: Lo vio, se acercó, y lo cuidó*, 11 de noviembre de 2024, humandevlopment.va/content/dam/sviluppoumano/news/2025-news/03-marzo/el-paso-card-baggio/carta-pastoral-ES-dig-1.pdf.

El encuentro diario con hombres, mujeres, adultos, jóvenes, adultos mayores, y niños migrantes nos demanda e invita a la escucha atenta y acogedora desde el primer momento: la primera mirada, la sonrisa amable, el tono de voz acogedor, delicado, y firme. Hasta donde se puede, aprendemos los nombres de las personas que llegan para llamarlas por su nombre. Estas actitudes les reconocen en su identidad, resaltan su dignidad, despiertan un sentimiento de alegría, pues saben que se les espera con deseo de atenderles. Cuando se van, algunos nos dicen que esas actitudes de acogida les permitieron sentir de nuevo que le importan a alguien. Este primer encuentro, cuando es empático, abre la posibilidad de recibir a cada persona humana en el momento en que llega, con todo lo que es, con todo lo que trae consigo, incluso con aquello que ha guardado en el inconsciente y que, en un ambiente favorable, vuelve a expresarse o a hacerse presente, lo que requiere atención A veces se necesita mucho tiempo para que la persona exprese lo que realmente vivió al ser detenida, deportada, desplazada por la fuerza, abusada sexualmente, o amenazada.

Este primer encuentro marca no solo el día, sino también la relación que podremos desarrollar juntos. Tenemos que ser atentos para, desde la puerta de entrada percibir cómo vienen las personas: el dolor, el sufrimiento, la humillación, la esperanza, o la alegría de llegar bien y a lugar seguro, en ocasiones, la rabia, la frustración, el rencor, el miedo, o la desorientación. Luego, a lo largo de los diversos pasos del protocolo de entrada, vamos conociendo más, pues en cada una de las fases del protocolo de entrada los encargados tienen que esforzarse por generar actitudes de acogida, respeto, apertura, y escucha, así como favorecer espacios de consuelo, descanso, y relajación. Procuramos una experiencia profunda de reconciliación y de perdón para que puedan seguir caminando en libertad y paz interior, cuidando mucho de no caer en actitudes de revictimización.

Ellos y ellas son los sujetos y protagonistas de su propia historia, es decir, no podemos reemplazarlos para vivir su propia vida y sus propias decisiones. Lo que sí podemos hacer es acercarnos para estar, acompañar, escuchar, ayudar, a sanar, y promover lo mejor de ellos y ellas. En la medida de lo posible les brindamos protección mediante la información, la

comunicación, y la capacitación. Además, cuando podemos, buscamos generar corredores más seguros para que puedan seguir su camino. La idea es proteger y cuidar, tal como lo hizo el Buen Samaritano, quien invirtió tiempo, cariño, cuidado, y dinero, se responsabilizó de su hermano y regresó a ver cómo seguía.

Para acompañar, escuchar, y acoger a las personas migrantes en un Albergue como este, necesitamos iniciar cada día pidiendo a Dios que nos conceda el deseo de vivir cada encuentro con un corazón nuevo, alegre y esperanzado. Un corazón dispuesto a dejarse transformar—aprendiendo y desaprendiendo—con cada persona que llega. No siempre es fácil. El equipo necesita saber manejar sus emociones porque—como en el relato del Buen Samaritano—a veces no es fácil querer ver al otro; hay veces en que podemos desear dejar todo, seguir nuestro camino, salir corriendo, alejarnos . . . perder la esperanza. Nos cuesta trabajo soltar, no ver resultados o sentir nuestra propia impotencia. Esto supone un gran desafío para el Albergue—y para los albergues en general: *el cuidado y el autocuidado de cada persona del equipo y del equipo en conjunto*. Para ello, hemos establecido reuniones mensuales de encuentro y diálogo, con algún tipo de asesoría y ayuda específica.

A modo de conclusión

Los desafíos para las personas migrantes en este tiempo son grandes. Hoy, la migración implica riesgos en los caminos, que provocan heridas físicas y emocionales; los bloqueos y las decisiones de los países afectan todas estas situaciones. Por eso, nosotros necesitamos, primero, *acompañar y sostener su esperanza con realismo*; segundo, apoyar la *capacitación y formación de las personas en movilidad*; tercero, *preparar a la población para que sea capaz de acoger*, especialmente hoy, a los deportados, retornados y desplazados. Además, cuarto, hay que ser conscientes de que *los equipos que acompañamos a las personas migrantes también necesitamos cuidado y autocuidado*, contención, descanso, flexibilidad, y conversión.

De hecho, en el “Documento final de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos” se presenta el llamado a la *conversión*

para todo el Pueblo de Dios de manera transversal,⁷ pues en el camino sinodal se dio gran importancia a la conversión de las relaciones al interior y hacia el exterior de la iglesia: relaciones en la justicia, en la equidad, en diálogo; relaciones que buscan el bien común desde la participación de todos, aceptando la diversidad, la diferencia; aceptando que no siempre hay consenso, pero que siempre puede evitarse la ruptura y el conflicto, dejando abierto el espacio para seguir dialogando, buscando el *encuentro*.

Necesitamos discernir los signos de los tiempos y reconocer al Espíritu, que no siempre será paloma, fuego, agua, viento . . . quizá será un delfín, como nos dijo el señor Luca Casarini al término de la segunda asamblea del Sínodo de la Sinodalidad. Nos dijo esto al mismo tiempo que nos contó su propia experiencia: Luca tiene una barca y, con su tripulación, sale al mar Mediterráneo a buscar a las personas migrantes, casi siempre provenientes de África, que viajan en frágiles lanchas [también conocidas como “pateras”] que muchas veces están a punto de naufragar o volcarse. En una ocasión salieron a buscar a personas que sabían que estaban en problemas; después de mucho tiempo y de dar varias vueltas, no vieron a nadie y decidieron regresar. En el regreso, varios delfines rodearon la barca y empezaron a brincar y saltar alrededor de ella. Decidieron seguirlos y esos delfines los llevaron al lugar donde estaban las personas migrantes, ya hundándose. Pudieron rescatar a todas. Por esta razón nos invitó a abrirnos y disponernos a nuevas y diferentes manifestaciones del Espíritu en esta nueva manera de ser pueblo de Dios, iglesia sinodal. Por eso nos dijo aquello: “quizá será un delfín.”

Por nuestra parte, día a día, en el Albergue acogemos la presencia de Dios que su pueblo migrante y peregrino nos revela. Ciertamente es que el papa Francisco nos pidió “acoger, proteger, promover, e integrar,” pero también nos animó a *dejarnos transformar por ellos y ellas*. Terminó citando unas palabras que el Papa dijo varias veces: “Pidamos ante todo al Espíritu Santo

⁷ Véase “Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión—Documento final de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos,” *Synod 2021–2024*, 24 de noviembre de 2024, synod.va/content/dam/synod/news/2024-10-26_final-document/ESP--Documento-finale.pdf.

. . . el don de la *escucha*: escucha de Dios, hasta escuchar con Él el clamor del pueblo; escucha del pueblo, hasta respirar en él la voluntad a la que Dios nos llama.”⁸

María de los Dolores Palencia Gómez es una religiosa mexicana de la Congregación de Hermanas de San José de Lyon. Es maestra normalista en Educación Primaria. Cursó sus estudios teológicos en el ITES (*Regina Mundi*), con reconocimiento de la Universidad Pontificia de Río Grande do Sul, Brasil, y en la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, en donde obtuvo la Maestría en Teología y Mundo Contemporáneo. Además, cuenta con estudios en acompañamiento espiritual por el centro de espiritualidad *Le Chatelard* de Lyon, Francia, y por el Instituto Centroamericano de Espiritualidad (ICE-CEFAS) de Guatemala. A lo largo de sus más de 50 años como religiosa, ha servido como maestra de primaria y orientadora vocacional, acompañante de la pastoral suburbana y urbana, responsable de la Pastoral Rural en Comunidades Eclesiales de Base y ha trabajado de cerca con comunidades indígenas y refugiados de Guatemala. La Hna. Dolores ha servido como presidenta de la Conferencia de Superiores Mayores de Religiosos de México y vicepresidenta de la Confederación Latinoamericana de Religiosos. También, participó activamente en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe y fue la única religiosa mexicana con derecho a voto en el Sínodo de la Sinodalidad convocado por el papa Francisco, lo que la hace ser una de las pocas madres sinodales. Actualmente, su ministerio se centra en el acompañamiento a migrantes en tránsito que pasan por el Albergue Decanal Guadalupano de Tierra Blanca, Veracruz.

⁸ Francisco, “Discurso del Santo Padre Francisco durante el Encuentro para la Familia,” 4 de octubre de 2014, vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/october/documents/papa-francesco_20141004_incontro-per-la-famiglia.html.